

para rechazar al enemigo, y afianzar la paz en bases duraderas. Estos medios serán eficaces si los franceses se hallan persuadidos de que el gobierno no aspira más que á la gloria de la paz; y lo estarán si se les dice que su sangre no será vertida más que para defender su patria y leyes protectoras... Vuestra comisión cree, pues, indispensable que al mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas prontas para la seguridad del Estado, se suplique á S. M. mantenga la entera y constante ejecución de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de libertad, seguridad y propiedad, y á la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía ha parecido á vuestra comisión el medio más eficaz para dar á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.»

A pesar de la extrema moderación de estos párrafos, el archicanciller intentó nuevos esfuerzos para obtener su supresión. Mr. de Caulaincourt le apoyó fuertemente, pero no pudieron decidir á hombres indignados contra el régimen interior del país, á que se abstuvieran de una manifestación tan comedida en aquella ocasión única quizá que podían esperar, pues no era probable que el gobierno, que se dirigía á ellos entonces porque estaba vencido, pensase en consultarlos igualmente cuando fuera vencedor. Esta era su legítima excusa para una manifestación cuya inoportunidad debía recaer sobre aquellos que no les habían dado más que esta ocasión de decir lo que sentían, y que no les dejaban por cierto entrever otra; pues aunque les decían que sin duda serían escuchados otra vez sobre este asunto, ellos con mucho fundamento no lo creían.

Al día siguiente, 29 de diciembre, el cuerpo legislativo se reunió en sesión secreta, y Mr. Lainé leyó su informe, que fué escuchado con religiosa atención y aprobado por todos. Mr. Lainé lo había terminado con el consejo de redactar una manifestación al emperador concebida en el mismo sentido. Por una mayoría de 223 sobre 254 sufragios, se decidió que el dictamen de la comisión sería impreso sólo para los miembros del cuerpo legislativo, á fin de que ellos pudiesen estudiarlo y votar sobre el proyecto de manifestación con todo conocimiento de causa. Desde aquel instante la publicidad de las palabras de Mr. Lainé estaba asegurada, sobre todo en el extranjero donde habría sido preciso que no se conocieran.

Inmediatamente le fueron presentadas á Napoleón, quien se irritó profundamente al leerlas, exclamando que le ultrajaban en el momento en que tenía necesidad de que lo sostuvieran enérgicamente. Reunió al instante un consejo de gobierno, al que fueron llamados los ministros y los altos dignatarios; les sometió con la voz y el ademán de un hombre cuyo partido estaba ya tomado, la cuestión de saber si era preciso sufrir que el cuerpo legislativo continuara reunido; señaló no solamente el peligro de dejar publicar un informe como el de Mr. Lainé, sino el de tener cerca de sí una asamblea que en tan graves circunstancias, al acercarse el enemigo, se permitiría quizá una manifestación facciosa é imprudente y en todo caso funesta: ¡previsión desoladora y profunda por la cual parecía que Napoleón, penetrando el porvenir, leía ya su propia historia en el libro del destino; pero tardía también y por consiguiente incapaz de crear el remedio! Y en verdad, ¿qué medio habría para

hacer que ese informe no hubiese existido ni hubiese sido leído ante algunos centenares de personas? ¿Qué medio habría para impedir que el cuerpo legislativo disuelto ó prorrogado no permaneciese en París pronto á reunirse espontáneamente para tomar las disposiciones más peligrosas? ¿Cuántos congresos no han sido disueltos, y han venido después á encontrarse en los instantes supremos más temibles que cuando estaban reunidos legalmente? Como quiera que sea, Napoleón preguntó á su consejo si no sería bueno suspender al punto las sesiones del cuerpo legislativo, primero para impedir que ese cuerpo estuviese en sesión durante una guerra cuyo teatro podría trasladarse hasta bajo los muros de la capital.

El archicanciller Cambaceres combatió esta proposición con su ordinaria prudencia. El informe, dijo, era intempestivo sin duda alguna y aun enojoso, pero estaba hecho, y el prevenir su publicidad sería imposible, pues si lograba prohibirse en Francia, seguramente no se conseguiría también en el extranjero.

La suspensión de las sesiones sería un hecho más grave que el informe mismo, pues todo el mundo se apresuraría á prestar á ese cuerpo intenciones más hostiles que aquellas que le animaban. En cuanto al inconveniente de su reunión durante la próxima campaña, sin duda no se podía afirmar que no cometiera alguna imprudencia, pero este era un inconveniente del que podría tratarse en momento oportuno, sin adelantarse á él con un acto de un estrépito deplorable. Con efecto, disolver el cuerpo legislativo equivalía á proclamar la desunión de los poderes, era una especie de ruptura entre la Francia y el emperador.

Cada cual imitó el lenguaje del archicanciller, insistiendo en que la suspensión era más significativa que el mismo informe. Pero acerca de los inconvenientes de la reunión del cuerpo legislativo durante la campaña, todo el mundo vacilaba en afirmar alguna cosa, y sin embargo, éste era un punto capital en la mente de Napoleón, pues si bien se resignaba á sufrir los males pasados, quería precaverse contra los futuros, y apremiaba á los preopinantes para que le ilustraran sobre la materia. Notando que al llegar á esta parte de su discurso todos balbuceaban, Napoleón interrumpió la discusión y la terminó con algunas palabras enérgicas y decisivas. «Ya lo veis, les dijo; se está de acuerdo para aconsejarme la moderación, pero nadie se atreve á asegurarme que los diputados no aprovecharán un día desgraciado como hay tantos en la guerra, para hacer espontáneamente ó por instigación de otros una tentativa facciosa, y yo no puedo quedarme en esa duda. Todo es menos peligroso que una eventualidad semejante.» Y sin oír más firmó el decreto que ordenaba para el día siguiente 31 de diciembre la suspensión de las sesiones del cuerpo legislativo, y mandó al duque de Rovigo que recogiera en la imprenta y por todas partes las copias del informe de Mr. Lainé, informe que después fué tan célebre.

Honda sensación produjo este decreto en el cuerpo legislativo. En un instante convirtió en enemigos á doscientos cincuenta personajes que en su mayor número le eran favorables, y que sólo habían querido manifestar un hecho verídico y de útil revelación, á saber, que la administración local, imitando en su conducta la del

jefe del imperio, se permitía los actos más arbitrarios, actos que constituían un verdadero estado de tiranía. En el público la impresión fué peor todavía; se supuso que en el seno del cuerpo legislativo se habían dicho cosas muy graves, que se habían hecho revelaciones importantísimas. Los enemigos que deseaban la caída del gobierno imperial se apresuraron á publicar por todas partes que el emperador estaba en completo desacuerdo con los poderes públicos; que se había querido imponerle la paz, que él se había negado á esto, y que por consiguiente los torrentes de sangre que debían correr correrían por él sólo: ¡verdad en el pasado, calumnia entonces! Esta idea era la más funesta que se podía propagar en Francia.

Este acto ruidoso, que con otro carácter que el de Napoleón habría debido quedar encerrado en los límites del *Monitor*, tuvo consecuencias más deplorables, gracias á su vivacidad personal. Al día siguiente, 1.º de enero de 1814, debía recibir al cuerpo legislativo con los otros cuerpos del Estado, y manifestó mucha premura en convocarle, como si temiera perder la ocasión de exhalar la irritación que le sofocaba. Después de haber oído de boca del presidente las felicitaciones de costumbre, se plantó de repente en el centro de los miembros de la cámara, y con voz vibrante y ojos inflamados les habló un lenguaje familiar hasta la vulgaridad, pero expresivo, altanero, original, á veces verídico, pero otras, y fueron las más, imprudente como lo es la cólera en un hombre superior. Les dijo que los había llamado para el bien, y que ellos se inclinaban al mal; para manifestar la unión de Francia con su jefe, y que ellos se habían apresurado á proclamar la desunión; que dos batallas perdidas en la Champaña no serían tan perjudiciales como lo que acababa de pasar entre ellos, y después, apostrofándolos con vehemencia, añadió: «¿Qué queréis, pues? Apoderaros del poder, y ¿qué haríais, quién de vosotros podría ejercerlo? Habéis olvidado la constituyente, la legislativa y la convención? ¿Tendríais más suerte que ellas? ¿No iríais todos á concluir en el cadalso como los Guadet, los Vergniaud y los Danton? Y por otra parte, ¿qué necesita la Francia en este momento? No es una asamblea, no son oradores; es un general, y lo hay entre vosotros? Y después, ¿dónde está vuestro mandato? La Francia me conoce: ¿os conoce á vosotros? La Francia me ha elegido dos veces por su jefe por muchos millones de votos, y á vosotros en el estrecho recinto de vuestras provincias os ha designado por algunos centenares de sufragios para venir á votar las leyes que yo hago y que vosotros no hacéis. Busco, pues, vuestros títulos y no los encuentro. *El trono en sí no es más que el conjunto de algunos pedazos de madera cubiertos de terciopelo.* El trono es un hombre y ese hombre soy yo, con mi voluntad, mi carácter y mi fama. Yo soy quien puede salvar á la Francia y no vosotros. Os quejáis de abusos cometidos en la administración: en eso que decís hay algo de verdad y mucho de falso. Mr. de Raynouard ha supuesto que el mariscal Massena había tomado la casa de un particular para establecer en ella su estado mayor.» (El hecho pasó en Marsella, adonde el mariscal había sido enviado extraordinariamente.) «Mr. Raynouard ha mentido; el mariscal ocupó temporalmente una casa, pero luego indemnizó á su amo. No se trata así á un mariscal cargado de años y de

gloria. Si tenáis quejas que exponer habríais debido esperar otra ocasión que yo mismo os habría ofrecido, y entonces con algunos de mis consejeros de Estado, quizá conmigo mismo, habríais discutido vuestras quejas y yo habría sabido hacer justicia en lo que tuviesen de fundado. Pero la explicación habría tenido lugar entre nosotros, *en familia, sin sacar trapos á relucir.* Lejos de eso, me habéis querido echar lodo en la cara. Habéis de saber que yo soy un hombre á quien se mata, pero á quien no se ultraja. Mr. Lainé es un malvado, que está en correspondencia con los Borbones por medio del abogado Deseze. No lo perderé de vista, ni tampoco á todos los que crea capaces de maquinaciones criminales. Por lo demás, no desconfío de vosotros en masa. Las once duodécimas partes de los que estáis aquí sois buenos, pero os dejáis arrastrar por los agitadores. Volved á vuestras provincias, advertid á la Francia que por mucho que le digan, á ella le hacen la guerra tanto como á mí, y que es preciso que ella defienda, no mi persona, sino su existencia nacional. Muy luego voy á ponerme á la cabeza del ejército, arrojaré al enemigo fuera del territorio, concluiré la paz cueste lo que quiera á lo que vosotros llamáis mi ambición, después os convocaré, ordenaré entonces la impresión de vuestro informe, y todos quedaréis confundidos por haberme dirigido semejante lenguaje en los conflictos actuales.»

Este discurso inconveniente y que, á pesar de algunas cosas justas, contenía muchas más enteramente falsas (pues si era verdad que sólo Napoleón podía salvar á la Francia, lo era también que él sólo la había comprometido; pues si alguna de las quejas alegadas era inexacta ó exagerada, en cambio habrían podido citar otras muchas que eran odiosas é insoportables); este discurso, repetimos, consternó á todos los que le oyeron y tuvo en breve un eco deplorable. Efectivamente, cada cual lo presentó á su modo y el resultado fué que Napoleón apareció como teniendo en su contra á los representantes de la Francia, tan sumisos hasta entonces, es decir, á la misma Francia. Jamás el informe del cuerpo legislativo, publicado textualmente, había producido tan deplorable efecto. En él se habría visto que había abusos en la administración interior, y que el cuerpo legislativo deseaba su enmienda; se habría visto también que el despotismo de Napoleón empezaba á pesar á la generalidad de los ciudadanos, pero al mismo tiempo se habría podido ver que el cuerpo legislativo quería la paz sobre la base de las fronteras naturales, que en ese terreno aconsejaba al gobierno no ceder, y pedía á la Francia que se levantara en masa. Semejante declaración valía que se sufrieran algunas críticas muy encubiertas por cierto y muy inferiores á lo que habrían podido ser.

Sin embargo, era preciso dirigirse á la Francia y excitar su celo, y Napoleón, á falta de poderes públicos poco diligentes en servirle de buen grado, imaginó escoger comisarios extraordinarios en el senado entre los principales personajes militares ó civiles de cada provincia, y enviarlos á sus pueblos donde les suponía con influencia, y para emplear allí su autoridad en facilitar la ejecución de la quinta, el cobro de los impuestos, los suministros, la instrucción y organización de los cuerpos, la salida de los guardias nacionales, en una palabra, la acción del gobierno en todas las cosas. Para esto debían llevar poderes extraordinarios y sin límites.

Antes de su salida Napoleón deseó verlos y hablarlos. Estaba muy conmovido, fué veraz y usó para dirigirse á ellos un lenguaje de una elocuencia pasmosa. «No temo confesarlo, les dije, he hecho la guerra demasiado tiempo, había formado inmensos proyectos, quería asegurar á la Francia el imperio del mundo. Me engañaba, estos proyectos eran proporcionados á la fuerza numérica de nuestra población. Habría sido preciso llamarla toda á las armas y reconozco que los progresos del estado social, hasta la dulzura de las costumbres, no permiten convertir á una nación entera en un pueblo de soldados. Debo expiar la falta de haber confiado demasiado en mi fortuna, y la expiaré. Haré la paz, la haré tal como la exigen las circunstancias, y esta paz no mortificará á nadie sino á mí; á mí que me he engañado, á mí me toca sufrir, no á la Francia que no ha cometido ningún error, que me ha prodigado su sangre y que no me ha negado ningún sacrificio... Sea suya la gloria de mis empresas, toda suya, se la abandono... En cuanto á mí no me reservo más que el honor de demostrar un valor bien difícil, el de renunciar á la mayor ambición que se ha conocido nunca, y sacrificar á la dicha de mi pueblo ideas de grandeza que no podrían realizarse sino con esfuerzos que ya no quiero pedir. Partid, pues, señores; anunciad á vuestras provincias que voy á hacer la paz, que no reclamo en el día la sangre francesa para mis proyectos, para mí, como se complacen en decir, sino para la Francia, y para sostener la integridad de sus fronteras; que les pido únicamente los medios para arrojar al enemigo fuera del territorio; que la Alsacia, el Franco Condado, la Navarra y el Bearne están invadidos; que llamo á los franceses al socorro de franceses; que quiero tratar, pero en la frontera y no en el seno de nuestras provincias desoladas por un enjambre de bárbaros: con ellos estaré yo de general y de soldado. Partid y anunciad á la Francia la verdadera expresión de los sentimientos que me animan.»

A estas nobles excusas del genio confesando sus faltas, una especie de entusiasmo se apoderó de los ancianos personajes que se mandaba á las provincias para reanimar los espíritus abatidos; todos rodearon á Napoleón, estrecharon sus manos entre las suyas expresándole la profunda emoción que sentían, y la mayor parte de ellos le dejaron para ponerse inmediatamente en camino. ¡Ay! ¿Por qué no dirigió esas mismas palabras al cuerpo legislativo? Entonces habría visto que la verdad es el medio más poderoso de ejercer influencia con los hombres, y quizá, lejos de verse obligado á disolver ese cuerpo, le habría visto alzarse en masa para aplaudir su voz, para llamar á la Francia á que le siguiera á los campos de batalla. La situación era cada vez más amenazadora, é importaba mandar cuanto antes todas las fuerzas de la nación al encuentro del enemigo. Los ejércitos aliados atravesaban por todas partes nuestra frontera. El general Bubna, que había marchado el primero después de haber seguido la parte opuesta del Jura, se había acercado á Ginebra, donde apenas había algunos quintos para resistir á los austriacos y contener una población mal dispuesta. El general Jordy, que mandaba en Ginebra, había muerto súbitamente, y encontrándose la defensa desorganizada, los austriacos habían entrado en esta ciudad sin tirar un tiro.

Los generales Colloredo y Mauricio Lichtenstein con

las divisiones ligeras y las reservas austriacas, después de haber pasado por Berna, se habían encaminado hacia Pontarlier con intención de marchar por Dole hasta Auxone. El cuerpo de Aloys de Lichtenstein, pasando igualmente por Pontarlier, debía dirigirse hacia Besanzón para cubrir esta plaza, en tanto que el general Giu-lay, atravesando el Porentruy, debía marchar por el Montbeliard hacia Vessoul. El mariscal de Wrede con los bávaros y los wurtembergueses había bombardeado Huningue, atacaba á Belfort y con su caballería practicaba reconocimientos hacia Colmar. El príncipe de Wittgenstein bloqueaba Estrasburgo y Kehl; las guardias rusa y prusiana permanecían en Basilea al lado de los soberanos aliados. Tal era la distribución del ejército del príncipe de Schwartzberg después del paso del Rhin. Su proyecto cuando hubiera atravesado el Jura y evitado todas nuestras defensas, era avanzar con ciento sesenta mil hombres del antiguo ejército de Bohemia por el Franco Condado y venir á situarse sobre los altos ribazos de Borgoña y la Champaña desde donde el Sena, el Aube y el Marne corren hacia París; en tanto que el antiguo ejército de Silesia mandado por Blücher, y fuerte de sesenta mil hombres, que pasaba entonces el Rhin en Maguncia, se avanzaría entre nuestras plazas sin atacarlas, dejando el cuidado de bloquearlas á las tropas que venían detrás. Los ejércitos invasores debían reunirse en el alto Marne entre Chaumont y Langres, para correrse después en masa en el ángulo formado por el Marne y el Sena. Con efecto, Blücher el día 1.º de enero de 1814 había atravesado el Rhin por tres partes, Manheim, Maguncia y Coblenza, sin encontrar más resistencia que la que había hallado el grande ejército del príncipe de Schwartzberg á lo largo del Jura, y así el prestigio de la inviolabilidad de nuestro territorio había sido destruido por todos los puntos á la vez.

Efectivamente, en el estado actual de nuestras fronteras, bien difícil nos hubiera sido oponer una resistencia cualquiera á esta masa de invasores. En lo largo de la frontera del Jura, donde no se esperaba el ataque, no había ninguna reunión de tropas; únicamente el mariscal Mortier, enviado á Bélgica con la vieja guardia, volaba á marchas forzadas del Norte al Este, por Reims, Chalóns, Chaumont y Langres.

En la frontera de Alsacia el mariscal Víctor con el 2.º cuerpo de infantería y el 5.º de caballería, se encontraba en Estrasburgo, donde apenas había tenido tiempo de dar un poco de descanso á sus tropas é incorporarse algunos quintos. Este cuerpo que, reforzándose en todos los depósitos de la Alsacia, habría debido contener treinta y seis batallones y tres divisiones, no contaba más, después de haber recogido á toda prisa los primeros quintos disponibles, que ocho ó nueve mil hombres mal armados y mal vestidos. La traslación de nuestros depósitos, que había sido preciso hacer retroceder, había aumentado las dificultades del reclutamiento. No obstante, el mariscal Víctor tenía en el 5.º cuerpo de caballería cerca de cuatro mil dragones aguerridos de España, hombres incomparables y que además estaban exasperados contra el enemigo.

Al aspecto de las masas que desembocaban por Basilea, Belfort y Besanzón, el mariscal se había guardado de salir á su encuentro en la dirección de Colmar á

Basilea; sino que por el contrario había retrocedido hacia Saverna y había tomado posición en las crestas de los Vosgos después de haber dejado en Estrasburgo unos ocho mil quintos y guardias nacionales á las órdenes del general Broussier, con las municiones y víveres necesarios. El mariscal, hombre tan valeroso, estaba abatido; sin embargo, su buena caballería se había arrojado sobre los escuadrones rusos y bávaros que se habían presentado á ella y los había arrollado y acuchillado. Por el lado de Maguncia, el duque de Ragusa, á la noticia del paso del Rhin, operado el 1.º de enero, se había replegado con el 6.º cuerpo de infantería y el 1.º de caballería, dejando en Maguncia el 4.º mandado por el general Morand y reducido por el tifus á once mil hombres de los veinticuatro mil que contaba.

En el camino había recogido la división Durutte, destacada hacia Coblenza y separada de Maguncia, adonde no había podido volver á entrar. Su primer pensamiento había sido correr á la Alsacia en auxilio del mariscal Víctor; pues viendo á la Alsacia invadida por el enemigo y casi abandonada por nuestras tropas, que habían ganado ya la cima de los Vosgos, había ido á colocarse al lado opuesto de las montañas, es decir, hacia el Sena y el Mosela, á fin de operar su unión con el mariscal Víctor por Metz, Nancy y Luneville. También había encontrado grandes dificultades para el reclutamiento de su cuerpo en la falta de tiempo y el cambio de depósitos. Tenía en suma sobre diez mil infantes y tres mil caballos que componían el primer cuerpo de caballería y debía desmembrarse aún dejando algunos destacamentos en Metz y Thionville.

El mariscal Ney tenía dos divisiones de la joven guardia que concentraba en Epinal. Íbamos, pues, á tener detrás de los Vosgos á los mariscales Víctor, Mar-mont y Ney, entre Metz, Nancy y Epinal; y sobre los ribazos que separan el Franco Condado de la Borgoña, es decir, en Langres, al mariscal Mortier con la vieja guardia, unos y otros haciendo frente en retirada por una parte á Blücher, que avanzaba de Maguncia á Metz por en medio de nuestras fortalezas, y por otra á Schwartzberg, que las había evitado violando la neutralidad suiza y que se corría de Basilea á Besanzón hacia Langres.

De este modo, pues, la Lorena, la Alsacia y el Franco Condado estaban invadidos. El enemigo prometía por todas partes á los pueblos los mayores miramientos, y al pronto por lo menos cumplía su palabra temiendo provocar sublevaciones. El espanto reinaba en nuestros campos. Los labradores de la Lorena, de la Alsacia y del Franco Condado, muy belicosos por carácter y tradición, se habrían insurreccionado voluntariamente contra el enemigo si hubiesen tenido armas para combatir y algunas tropas que los sostuvieran. Pero les faltaban fusiles como á todos los habitantes de la Francia, la pronta retirada de los mariscales les desanimaba, y así es que se sometían al enemigo con el corazón desesperado. A la retirada de los ejércitos se reunía la no menos sensible de los principales empleados. El gobierno imperial, después de muchas deliberaciones, había tomado la triste resolución de ordenar á los prefectos y subprefectos que se retiraran con los tropas, á fin de dejar al enemigo el apuro, que por cierto era muy grande, de crear administraciones en las provincias in-

vadidas. Era esto un recuerdo de las dificultades con que nosotros habíamos tropezado por todos aquellos puntos de los países conquistados donde las autoridades habían desaparecido, recuerdo que hizo prevalecer esta resolución en los consejos del gobierno, á pesar de la resistencia del duque de Rovigo. Quizá se habría tenido razón para obrar así en un país donde no hubiesen existido partidos hostiles al gobierno y dispuestos á moverse á la aproximación de los aliados. Desgraciadamente en Francia, donde veinticinco años de revoluciones habían dejado numerosos partidos que Napoleón vencido no podía ya contener, y entre los cuales había uno, el del antiguo régimen, cuya analogía de sentimientos con la coalición inclinaba á esperar todo de ella, en Francia la ausencia de las autoridades tenía un grave inconveniente. Con efecto, los descontentos, libres ya de la vigilancia de los prefectos y subprefectos y comisarios de policía, demostrando sus disposiciones hostiles al aproximarse el enemigo, se sublevaban en cuanto había penetrado por alguna parte, le ayudaban á constituir administraciones compuestas todas según sus miras, y aun se propasaban á proclamar á los Borbones. Este espectáculo se veía poco en el campo que la invasión, con su comitiva de sufrimientos, irritaba profundamente; pero en las ciudades, donde ordinariamente la opinión fermenta con más fuerza, donde el odio al gobierno imperial era general, donde los males de la invasión eran casi insensibles, estallaban las manifestaciones más peligrosas, á las cuales no sólo contribuían los realistas, sino todos los hombres cansados del despotismo y de la guerra.

Así, para colmo de dolor, la Francia era invadida en un momento en que esquilmada y dividida no podía ya renovar el noble ejemplo de patriotismo que había dado en 1792. ¡No era la menor de las faltas del gobierno imperial el haberla expuesto á conducirse así con la coalición europea!

En Langres, al aproximarse los soldados del príncipe de Schwartzberg, algunas de las principales personas de la ciudad, ayudadas por una plebe rebelada contra las quintas y los derechos reunidos, habían amenazado pronunciarse contra las tropas del mariscal Mortier. En Nancy las autoridades municipales y algunos personajes notables del país habían recibido al mariscal Blücher con las mayores distinciones y hasta le habían dado un banquete. El general prusiano les habló de las buenas intenciones de los aliados y del deseo de liberar á la Francia de su tirano, y se hizo oír por los pueblos que la miseria de una larga guerra tenía á la sazón extraviados.

Nuestros cuerpos de ejército se retiraban, pues, dejando tras de sí campesinos sin defensa cuyos últimos recursos se veían obligados á devorar, y ciudades exasperadas contra el régimen imperial, que prestaban demasiado el oído á las promesas de una coalición que se presentaba, no como conquistadora, sino como libertadora. Una circunstancia completaba la tristeza de este cuadro. Los pocos que sobrevivían de nuestros gloriosos ejércitos, extenuados por el sufrimiento, humillados por una retirada continua, hacían alarde de un mal lenguaje y continuamente repetían las conversaciones de las poblaciones urbanas. Los soldados viejos no desertaban sus banderas; pero los quintos, sobre todo aque-

llos que pertenecían á las provincias que se atravesaban, abandonaban sin escrúpulo sus filas, y ya los mariscales Víctor y Marmont habían perdido algunos miles de ellos.

El general Dejeán, fiel ayuda de campo del emperador, testigo ocular de esta situación dolorosa, se la había trazado con los más vivos colores diciéndole que todo estaba perdido si no lo salvaba él con su presencia. El mariscal Macdonald, al ver que se había adelantado sobre su derecha la columna de Blücher que había pasado el Rhin entre Maguncia y Coblenza, había reunido consigo los 11.º y 5.º cuerpos de infantería, el 3.º de caballería y además lo que quedaba de las tropas vueltas de Holanda, y se había retirado hacia Mezieres con unos doce mil hombres, no dejando más que guarniciones escasas en Wesel y Maestricht. El general Decaén, enviado á Amberes, había reunido allí entre marinos y quintos de siete á ocho mil hombres; había enviado más de tres mil á Flesinga y dos mil á Berg-op-Zoom, pero había abandonado Breda, que no podía ser defendida, y Willemstadt, que habría podido serlo y que era un punto importante sobre el Wahal. El abandono de este último punto era bien sensible, pues después de haber perdido la Holanda, habría sido de gran interés el conservar entre la Holanda y la Bélgica la línea de agua, que habría ofrecido la frontera más sólida. Pero no pudiendo atender el general Decaén más que á una parte de su tarea, había preferido Amberes y Flesinga á todo lo demás, y se había colocado con las tropas de la guardia delante de Amberes, resuelto á defender enérgicamente ese gran arsenal, objeto de ardientes odios por parte de la Inglaterra y de la incesante solicitud de Napoleón.

El peligro no podía ser más alarmante, sobre todo si se tiene en cuenta que el gabinete francés no había recibido ninguna comunicación después de la carta del 10 de diciembre por la cual Mr. de Metternich, acusando el recibo de la del 2 de diciembre, había declarado que iba á dar parte de todo á las cortes aliadas. Este silencio, junto con el movimiento ofensivo de los ejércitos, parecía indicar que los aliados no pensaban ya en tratar, y que sólo se ocupaban en acabar nuestra destrucción.

Por grande que fuera la actividad de Napoleón, no podía estar pronto á hacer frente al enemigo sino cuando ya una porción extensa del territorio habría sido invadida; y al inconveniente de dejar ocupar unas provincias que eran materialmente las más fértiles y moralmente las mejores, se juntaba el peligro de permitir en los grandes centros de población manifestaciones sediciosas y de dejar proclamar allí públicamente el nombre de los Borbones. Obtener un armisticio aun con las condiciones más duras en semejante estado de cosas, hubiese sido una dicha en medio de la desgracia, pues se habría suspendido la marcha de la coalición, y si no se lograba un acuerdo con las potencias aliadas, se habrían ganado al menos los dos meses indispensables para la creación de muchos medios de defensa. Napoleón tenía demasiada sagacidad para creer que enemigos á quienes no habían contenido ni sus fatigas ni el invierno más cruel, suspenderían su marcha porque se dieran los primeros pasos en la vía de las negociaciones. Hasta se hallaba convencido de que habían renunciado á tratar y que no querían concluir la paz sino en París.

Sin embargo, probar no costaba nada, y lo peor, en caso de mal éxito, era permanecer en la situación actual. Además, según lo que había visto Mr. de Saint-Aignán y según varios informes procedentes de las provincias invadidas, existían graves disonancias entre los aliados. El Austria, decían estos informes, estaba ofuscada con las pretensiones de la Rusia y se inclinaba á la paz. Efectivamente, el emperador Francisco, además de que quería mucho á su hija, no estaba en ánimo de aumentar la importancia de la Rusia ni de satisfacer los celos marítimos de la Inglaterra, y quizá era capaz de detenerse con tal de que le abandonaran lo que ambicionaba en Italia. Ahora bien: deteniéndose el Austria, los demás tenían que hacer lo mismo. Contra estas suposiciones, que no eran inverosímiles, no había más que una que oponer, muy plausible por cierto, la de que por temor de desunión los aliados, incluso los austriacos, se resistiesen á toda satisfacción individual, por completa que fuera ésta. Como se podía alcanzar la salvación si triunfaban las buenas de estas probabilidades, Napoleón no vaciló en hacer una última tentativa de negociación, aunque sin esperanzas de buen éxito.

Pensó primero en enviar al campo de los aliados á Mr. de Champagny (el duque de Cadora), que había sido ministro de Relaciones exteriores, y anteriormente embajador en Viena, y que era muy estimado del emperador Francisco. Sin embargo, hecha la reflexión de que para obtener acceso cerca de los monarcas aliados se debían elegir personajes de alta importancia, Napoleón se decidió á mandar á Mr. de Caulaincourt, á quien confió la doble misión de negociar la paz y de pedir un armisticio, si es que podía pedirse decorosamente. En cuanto á la paz sus condiciones eran las mismas que hemos indicado anteriormente, á saber, la línea del Rhin, esto es, la línea que siguiendo el Wahal le quitó á la Holanda el Brabante septentrional.

Sin embargo, se había abandonado la pretensión de excluir á la casa de Orange, así como también la de crear en Westfalia un estado para el rey Jerónimo. En Italia la Francia, cediendo una parte del territorio al Austria, sin exigir nada para sí, persistía no obstante en el deseo de alcanzar una dotación para el príncipe Eugenio, para la princesa Elisa, y si se podía, para los hermanos de Napoleón, Jerónimo y José. Vemos, pues, que no era muy sensible la diferencia con el proyecto de paz concebido por Napoleón al otro día de las proposiciones de Francfort. Relativamente al armisticio, Mr. de Caulaincourt, á fin de ganar al Austria, debía ofrecer en secreto la entrega inmediata de las plazas de Venecia y de Palma-Nova, lo que indicaba la concesión de la línea del Adige. Las de Hamburgo y de Magdeburgo debían entregarse también inmediatamente á la Prusia, siempre con la mira de obtener una suspensión de armas. La consecuencia natural de la evacuación de estas cuatro plazas en Italia y en Alemania habría sido el regreso muy próximo de las guarniciones, lo que habría procurado diez mil hombres cuando menos al ejército de Italia y cuarenta mil al del Rhin.

La única objeción que habría podido hacerse al envío de Mr. de Caulaincourt era la de presentarse á los ministros de la coalición cuando no se había dado ninguna cita para negociar y cuando la indicación de Manheim, contenida en la carta de Mr. de Basano del 16 de noviem-

bre, no había tenido resultado alguno. Sin embargo, la situación no era para pararse en consideraciones de amor propio, y como crecían á cada instante las inquietudes, se decidió que Mr. de Caulaincourt marcharía á las avanzadas francesas, que de allí escribiría á Mr. de Metternich para decirle que, en vista de las seguridades dadas en su nombre por Mr. de Saint-Aignán y en atención á su invitación formal de reanudar las negociaciones, no se quería que una tardanza de la Francia prolongase una hora los males de la humanidad; que él se había trasladado á las avanzadas y que estaba dispuesto á pasar á Manheim, punto indicado ya, ó á cualquiera otra ciudad que quisieran elegir los monarcas aliados.

Si Mr. de Caulaincourt, llegado á las avanzadas, era dejado allí en una posición humillante, lo que podía muy bien suceder, había en esta humillación una compensación, la de probar que Napoleón quería la paz, que las dificultades no procedían de su obstinación, y se reconquistaría la opinión de la Francia, con el espectáculo de los tratamientos á que se había expuesto su negociador.

Dispuestas así las cosas, Mr. de Caulaincourt partió el 5 de enero para las avanzadas francesas, dejando á Mr. de la Bernardiere, su empleado más inteligente, el cuidado de reemplazarle en los negocios extranjeros. Napoleón se preparaba á partir también en breve para apoyar con su espada las negociaciones que Mr. de Caulaincourt debía tratar de reanudar con su influencia. Mr. de Caulaincourt pasó á Luneville, lugar famoso por un tratado concluido en tiempos más felices, y al llegar á la falda de los Vosgos halló á nuestros ejércitos que se retiraban con precipitación, precedidos en su retirada de todos los funcionarios, oyó los dichos de las tropas y de las poblaciones, vió la miseria de los oficiales, la desertión de los soldados jóvenes y la audacia renaciente del partido realista que, sin ser popular, se hacía oír porque hablaba de paz, de legalidad y aun de libertad. Buen ciudadano y bizarro militar, Mr. de Caulaincourt sintió una terrible amargura al ver nuestras provincias invadidas y nuestros ejércitos en una especie de derrota. Al pesar del ciudadano se juntaba en él el dolor del padre, pues había unido á la fortuna de Napoleón su propia fortuna, esto es, la de sus hijos, y se afligió profundamente con el peligro que corría el trono imperial. Se apresuró á pintar á Napoleón el cuadro que veía; le señaló sobre todo el abatimiento de nuestros jefes militares que, sin ser infieles, estaban desanimados, y le suplicó al cabo de maduras reflexiones, que le enviara proposiciones de paz más aceptables. Al mismo tiempo escribió á Mr. de Metternich para decirle que, sorprendido de su silencio, muy difícil de explicar en vista de las comunicaciones de Mr. de Saint-Aignán, le pedía una respuesta que esperaba en las avanzadas, pronto á partir para negociar al punto que le designaran.

Cuando llegó esta especie de interpelación por medio de Mr. de Wrede á Mr. de Metternich, este último se halló un poco apurado, pues después de las demostraciones pacíficas que se habían hecho, el negarse á tratar habría sido una inconsecuencia chocante y aun peligrosa, en atención á que ambos partidos pugnaban por conquistar la opinión, ya en Europa, ya en Francia. Mr. de Metternich y el emperador Francisco seguían dispuestos á negociar, aunque con un poco más de ambición en lo tocante á Italia; pero entre los otros aliados las ima-

ginaciones se habían exaltado nuevamente desde que se había decidido la continuación de las hostilidades por sugerencias de la Inglaterra y por el vivo impulso de las pasiones alemanas. Las facilidades inesperadas que habían hallado al penetrar en Suiza y en Francia, les habían persuadido que no había más que avanzar para terminarlo todo en conformidad á sus deseos, y en su mente no tenían otro enemigo que temer más que sus propias divisiones. Grandes eran por cierto: Alejandro, siempre descontento de la entrada en Suiza, no quería que se oprimiera al partido popular en beneficio del partido aristocrático, en tanto que el Austria obraba exactamente en sentido opuesto. El Austria no quería que se sacrificara á los daneses en favor del príncipe de Suecia, ni al rey de Sajonia en beneficio de la Prusia, y Alejandro deseaba justamente lo contrario. Los tirolese pedían pasar al punto bajo el cetro del Austria, y la Baviera quería una indemnización previa. La Inglaterra no pensaba más que en fundar la monarquía de la casa de Orange para cerrar á la Francia el camino del Escalda, y el Austria, antes de aceptar esta pretensión, quería que la Inglaterra le prometiera su influencia contra la Rusia. En medio de este caos era muy difícil tomar un partido sobre ninguna cosa, y sobre todo un partido tan grave como suspender las operaciones militares, pues este asunto era el que más debía dividir los ánimos é irritar las pasiones.

Sin embargo, la coalición acababa de recibir una noticia muy buena para ella, y era la próxima llegada de lord Castlereagh, que no había temido dejar el *Foreign office* para ir á representar á la Inglaterra cerca de los monarcas aliados. Hasta entonces la Inglaterra había tenido por agentes á lord Cathcart, bizarro militar, poco diplomático, y á lord Aberdeen, hombre de talento, pero acusado de ser demasiado pacífico. No era bastante tener simples embajadores, por grande que fuera su mérito, en medio de aquel consejo de soberanos, donde cada potencia estaba representada por emperadores, reyes ó primeros ministros. El gabinete británico se decidió, pues, á mandar al más eminente de sus miembros, lord Castlereagh, cerca del congreso ambulante de la coalición, para moderar en él las pasiones, mantener la armonía, hacer prevalecer los principales deseos de la Inglaterra, y una vez satisfechos éstos, votar en todas las demás cosas por las resoluciones moderadas contra las resoluciones extremas. Por consiguiente, la misión sin duda muy natural de lord Castlereagh era ser prudente con todo el mundo excepto con la Inglaterra. Además debía explicarse también acerca del presupuesto presentado por el conde Pozzo, y emplear la riqueza británica para hacer triunfar sus miras, arrojando de tiempo en tiempo en la balanza, no su espada, sino su oro. Nadie más á propósito que lord Castlereagh para una misión semejante; se llamaba Roberto Stewart; su hermano Carlos Stewart, después lord Londonderry, acreditado cerca de Bernadotte, era uno de los agentes más activos y apasionados de Inglaterra. Lord Castlereagh, nacido de una familia irlandesa, enérgica y ardiente, llevaba en sí esa predisposición hereditaria, aunque templada por una razón superior. Hombre de espíritu recto y penetrante, de carácter prudente y firme, susceptible á la vez de rigor y de templanza, y con la sencillez activa de maneras de los ingleses, estaba llamado á ejercer